

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana

6

Hasta que Cristo viva en nosotros

Tiempo **Ordinario** III



CARITAS CHRISTI 2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, **simboliza el proceso de configuración con Cristo.**

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(Adviento-Navidad)
2. Consagrados a Dios y a los demás
(Tiempo Ordinario I)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(Cuaresma)
4. Buscadores de la voluntad del Padre
(Pascua)
5. Castos por el Reino de los cielos
(Tiempo Ordinario II)
- 6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(Tiempo Ordinario III)**
7. En comunión para que el mundo crea
(Tiempo Ordinario IV)
8. Transformados por la Eucaristía
(Tiempo Ordinario V)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(Tiempo Ordinario VI)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 20



Pistas para la *lectio divina* > 21



Reflexión > 6

- 2.1. Amor y celo: arder en el amor de Dios
- 2.2. Humildad: fundamento de la perfección cristiana
- 2.3. Mansedumbre: panal apostólico
- 2.4. Mortificación: glorificar a Dios en nuestro cuerpo
- 2.5. Pasión y compasión: compartir los sufrimientos
- 2.6. Conformidad con Cristo en la enfermedad y muerte



Textos para profundizar > 26

- Anexo 1: Sobre la caridad apostólica
- Anexo 2: Las siete pruebas de la humildad
- Anexo 3: La santa modestia del rabino
- Anexo 4: Paciencia
- Anexo 5: Sobre el dolor salvífico
- Anexo 6: Pensamientos sobre la muerte

1. Introducción

“Los que hemos sido llamados a seguir al Señor y a colaborar con él en la obra que el Padre le encomendó, tenemos que contemplar asiduamente a Cristo e imitarlo, penetrados de su Espíritu, hasta que ya no seamos nosotros mismos los que vivamos, sino que sea Cristo quien realmente viva en nosotros” (CC 39).

“El Arrepentimiento”, premio de Cannes en 1987, película semiallegórica que critica al estalinismo, acaba con una pregunta retórica que deja a los espectadores profundamente pensativos. En su escena final vemos a una mujer preparando una tarta o bizcocho, la misma escena con que comenzó la película. Una anciana que camina por la calle se acerca a ella y le pregunta: “Disculpe, ¿lleva esta calle a una iglesia?” La mujer responde que ésta es la calle Varlam y que no con-

duce a ninguna iglesia. La anciana replica: “Entonces, ¿para qué necesitáis una calle así? ¿Para qué sirve una calle que no conduce a una iglesia?”. Y se vuelve y se aleja caminando.

Desde que llamamos a las puertas de la Congregación, hemos recorrido un camino muy largo. **¿De qué nos aprovecha nuestra aventura si no nos conduce a Cristo? ¿Para qué sirve nuestra vida si no nos transformamos en Cristo?**

Nuestro objetivo en la etapa *Caritas Christi* del proyecto Fragua está siendo crecer cada vez más en nuestra configuración con Cristo, nuestro Amado, tanto en nuestro ser como en nuestro obrar. Nuestras Constituciones quieren que nos conformemos con Cristo hasta tal punto que no seamos nosotros quienes vivamos, sino que sea Cristo quien viva en nosotros, tal como san Pablo lo hizo realidad en su vida terrena (cf. *Gal 2,20*).

Con este objetivo hemos ido reflexionando sobre cómo encontrar a Jesús (*Cuaderno I*), y cómo consagrarnos a Dios en Él (*Cuaderno II*) por medio de nuestros votos de pobreza, obediencia y castidad por causa del Reino (*Cuadernos III-V*). Ahora, siguiendo lo que nos dice el número 39 de las Constituciones, volvemos una vez más nuestra atención a otro medio diferente para lograr esta conformidad con Cristo. **Fijamos nuestra mirada en Él para aprender las virtudes que él plasmó, y hacer nuestras esas virtudes apostólicas.**

La palabra “virtud” (del latín, *virtus*) se refiere a una cualidad, positiva y deseable, o a un rasgo de carácter que dota a un individuo de una cierta excelencia moral. “Virtudes apostólicas” son esas virtudes inspiradas en nosotros por el Espíritu Santo, que es quien nos configura con Cristo y nos forma como apóstoles suyos. Por esas virtudes imitamos a Cristo y somos realmente sus testigos. ¿Quién nos ayudará a poner nombre a esas virtudes apostólicas?

¿Quién mejor que nuestro querido Padre Fundador? Porque ésa fue la razón de ser de su vida: llegar a ser Cristo.

En su Autobiografía, Claret hace referencia a las virtudes apostólicas que él mismo intentó practicar en su vida y que recomendaba a sus hijos misioneros: humildad, pobreza, mansedumbre, modestia, mortificación, obediencia y amor de Dios y del prójimo (cf. *Aut 340-453*).

Hemos contemplado ya dos de ellas en anteriores folletos de este año litúrgico. El capítulo sexto de nuestras Constituciones nos ofrece una redacción de las virtudes apostólicas en este orden: *cari- dad apostólica* (40), *humildad* (41), *mansedumbre* (42), *mortificación* (43), *pasión y compasión* (44) y *conformidad con Cristo en la enfermedad y en la muerte* (45). Dentro de la dinámica de *La Fragua en la Vida Cotidiana*, este mes de julio es una oportunidad para servirte de las reflexiones sobre cada una de estas virtudes que se encuentran en el segundo volumen de *Nuestro Proyecto de Vida Misionera. Comentario a las Constituciones*, pp. 541-641.

En esta parte del Tiempo Ordinario del año litúrgico, que se extiende a lo largo del mes de julio, **enfocaremos nuestras energías espirituales hacia estas seis virtudes apostólicas.** A la vez que celebramos en este mes el *164 aniversario de la fundación de nuestra Congregación* (16 de julio), nos esforzaremos en hacer de estas virtudes el fundamento de nuestro edificio espiritual y apostólico. Buscaremos la intercesión de *Nuestra Señora del Carmen* (16 de julio), *de los apóstoles Tomás y Santiago* (3 de julio) y de *María Magdalena*, la “apóstol de los apóstoles” (22 de julio), cuyos recuerdos conservamos en esta etapa.

El Tiempo Ordinario nos ofrece oportunidades ordinarias y de bajo riesgo para entrenarnos en ciertas técnicas y habilidades, antes de que se aproximen los tiempos fuertes, más extraordinarios y exigentes. Un médico internista suele practicar sus conocimientos recién adquiridos en situaciones médicas ordinarias, de modo que pueda lograr el nivel requerido de confianza y destreza para afrontar emergencias médicas extraordinarias.

De modo semejante, aprendamos y practiquemos estas virtudes apostólicas en este Tiempo Ordinario, de modo que podamos alcanzar cierta confianza y destreza para revestirnos de ellas cuando los tiempos fuertes del año y las exigencias extraordinarias de nuestra vida misionera nos llamen a imitar a Cristo y a transfigurarnos en él: “Hasta que él viva en nosotros”.

Antes de comenzar, echa una ojeada al **Ejercicio 1: Auto-evaluación e Identificación de objetivos.**

Ejercicio 1 : Tú y los tuyos

Antes de comenzar las reflexiones sobre las virtudes apostólicas, tómate un momento para aclarar dónde te ubicas actualmente en cada una de ellas (columna B) y dónde quieres situarte al final de este año litúrgico (columna C). Aunque estés justamente al principio de una reflexión más profunda sobre estas virtudes, ya conoces algo de ellas y eres consciente de su presencia en tu vida. Basado en tales intuiciones, rellena las columnas B y C, usando una escala de clasificación del 1 al 7, tal como se indica abajo:

- 1= casi ausente;
- 2= raras veces presente;
- 3= por debajo de la media;
- 4= promedio;
- 5= por encima de la media;
- 6= con frecuencia presente;
- 7= presente de modo extraordinario.

No rellenes la **columna D** al comienzo. Se ha de completar conforme vas leyendo y reflexionando sobre cada una de las virtudes. Después de reflexionar sobre cada virtud, identifica uno, dos o tres medios prácticos (y preferiblemente no más de tres) que puedes utilizar para crecer en esa virtud hasta el nivel deseado.

Virtud apostólica (A)	Estado actual (B)	Estado deseado (C)	Medios para lograr mi objetivo (D)
Amor y Celos (caridad apostólica)			1. 2. 3.
Humildad			1. 2. 3.
Mansedumbre			1. 2. 3.
Mortificación			1. 2. 3.
Pasión y Compasión			1. 2. 3.
Conformidad con Cristo en la enfermedad y la muerte			1. 2. 3.

2. Reflexión

2.1. Amor y celo (caridad apostólica): arder en el amor de Dios

“Jesucristo, urgido por un ardiente amor al Padre y a los hombres, se entregó a los trabajos, a la pasión e incluso a la muerte. Del mismo modo, los Apóstoles, testigos de la alegría de la Resurrección de Cristo, impulsados por el fuego del Espíritu Santo, recorrieron el mundo entero” (CC 40).

El tema central de esta tercera etapa de *La Fragua en la vida cotidiana* es precisamente *Caritas Christi*, el amor de Cristo. Claret ardía en este amor. ¡Así también tenemos que arder cada uno de no-

griego *thelos*, derivada de *theo*, que significa “hervir”, “vibrar con calor”. Celo connota vehemencia, intensidad o direccionalidad. Este celo lo encontramos en Cristo. Su amor va en dos direcciones: hacia su Padre y hacia la humanidad. Así debe ser nuestro amor: un amor ardiente hacia Dios en Cristo y un amor desbordante hacia nuestros hermanos. Amamos como Jesús ama. Amamos como amaron los apóstoles imitando a Cristo.

Comenzaste tu aventura en la vida religiosa ardiendo con este tipo de amor y celo. A lo mejor te llevó a soñar en nuevos ministerios entre los pobres de Dios, a optar por campos misioneros difíciles y lejanos, y a caminar con extraordinario esfuerzo por los márgenes de la sociedad.

¿Hasta qué punto sigue vivo tu celo? ¿Te sientes todavía ardiendo de caridad apostólica, tanto o más que antes? También es posible que, conforme han pasado los años, hayas perdido el ímpetu inicial, el amor primero. Esto puede ocurrir por varias

razones: tal vez ha disminuido tu deseo de Dios o has sido víctima de amores más mezquinos; tal vez te has dejado atosigar por los muchos afanes de la vida diaria; o bien los muchos sacrificios que hiciste a lo largo del camino se han cobrado su precio; quizás te han desalentado algunos conflictos experimentados en la vida de comunidad; o te han abrumado tanto las exigencias rigurosas del ministerio que ha comenzado a crecer en ti una especie de resentimiento hacia Dios y hacia el pueblo al que sirves.

El amor a Dios y al prójimo no siempre es un camino sembrado de rosas, sino que implica mucha purificación por parte de Dios, y tal vez persecución por parte del pueblo. Pero a veces nos encontramos atrapados en el dolor del momento y perdemos la perspectiva del cuadro mayor. ¿Hay alguna forma de recuperar el fuego perdido en relación con Dios y con su pueblo? ¿Cómo puedes volver a soñar por el Reino? Aunque –¡ojalá!– el fuego de la caridad no haya disminuido en

sotros, ya que “un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa” (*Aut 494; CC 9*)! Este amor tiene dos dimensiones: se refiere tanto al amor que Cristo siente por nosotros (*dimensión objetiva*) como al amor que brota de nuestro corazón hacia Cristo (*dimensión subjetiva*). El primer amor es causa del segundo: “Nosotros amamos, porque él nos amó antes” (1 *Jn 4,19*).

¿Qué ocurre cuando posees dentro el fuego del amor? Como en cualquier fuego, sus llamas saltan hacia arriba y hacia afuera en dirección a los otros, inflamándolos también. Entonces el amor se manifiesta como celo. La palabra “celo” procede del

ti, quizás quieras soplar sobre él para reavivar la llama viva. ¿Cómo hacerlo?

El gran misionero de “alma ardiente”, el Beato Paolo Manna (fundador del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras –PIME– en Italia) escribe en su libro *Virtudes Apostólicas*:

“No nos engañemos: el celo apostólico, sin el que no somos nada como misioneros, no arde ni brilla sino cuando procede de un corazón encendido en el amor de Dios. Cuando nuestro corazón esté unido a Dios en la intimidad de la meditación y de la oración, entonces seremos fervorosos y nuestro amor nos inspirará con aquel celo diligente, práctico, incansable y perseverante que caracteriza al verdadero apóstol de Jesucristo”.

Nuestro Padre Fundador nos ofrece medios específicos para crecer en caridad apostólica (cf. *Aut 442-444*). He aquí sus recomendaciones:

- Guardar bien los mandamientos de la ley de Dios.



- Practicar los consejos evangélicos.
- Responder con fidelidad a las inspiraciones divinas.
- Hacer bien la meditación personal diaria.
- Pedir el don del amor.
- Tener hambre y sed de amor.

Practiquemos estos medios en los próximos días, y seguramente sentiremos que el fuego del amor comienza a crecer en nosotros. **Tómate un tiempo para hacer el Ejercicio 2. Después, vuelve al Ejercicio 1 y rellena la columna (D): los medios que quieres usar para crecer en esta virtud.**

Ejercicio 2: Meditación sobre “La Noche Oscura” (San Juan de la Cruz)

Pasos a seguir:

1. **Reserva unos 40 minutos para este ejercicio.** *Acomódate en un lugar tranquilo y lleno de paz, evitando toda distracción. Prepárate para la sesión con algunos ejercicios de respiración o técnicas que conozcas de toma de consciencia. Invoca al Espíritu Santo. (5 minutos).*
2. **Lee el poema de san Juan de la Cruz una vez.** *Pausa. Léelo de nuevo, más despacio que antes. Pausa. Léelo por tercera vez, todavía más despacio y visualizando la narración. Pausa (15 minutos).*
3. **El poema es rico en imágenes.** *Trata de la purificación de nuestro amor y de sus ricas consecuencias. ¿Qué imagen o ambiente del poema tiene resonancia en ti? ¿Qué reacción afectiva provoca en ti: alegría, tristeza, añoranza, sequedad, tranquilidad, distracción, o alguna otra? Esa reacción, ¿qué te dice con respecto a tu vida espiritual en general y sobre la virtud del amor y celo apostólico en particular? (15 minutos).*
4. **Lee de nuevo el poema.** *Pide el gran don de la caridad apostólica. Ora espontáneamente con oración de acción de gracias (5 minutos).*

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
(¡oh dichosa ventura!)
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

*A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
(¡oh dichosa ventura!)
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.*

*En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.*

*Aquesta me guiaba
más cierta que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.*

*¡Oh noche que me guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!*

*En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.*

*El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.*

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

2.2. Humildad: fundamento de la perfección cristiana

“Para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo, que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, procuremos la humildad” (CC 41).

Todo comenzó en el Jardín del Paraíso. A Adán y Eva, seres humanos prototípicos, no les gustó nada cuando oyeron de boca de la serpiente que Dios les había mantenido lejos del árbol en el centro del Jardín para impedirles que llegaran a ser como él. Ellos querían ser como Dios y por eso rompieron el mandamiento de Dios. La soberbia precedió a la caída.

Fue el mismo Dios quien nos mostró cómo llegar a ser como él. No por el camino de la soberbia, sino por el de la humildad,

por medio de una aceptación humilde de quiénes somos delante de Dios, de modo que Dios nos pueda enaltecer. El modelo de nuestra humildad es Cristo mismo. San Pablo nos exhorta: “Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús, quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz” (Fil 2,5-8). Cristo se vacía de sí mismo –*kénosis*–. Por amor a su Padre se despojó de su voluntad propia y abrazó la voluntad de su Padre; por amor a la humanidad, se vació de sus privilegios divinos, tomó carne humana y murió en la cruz: “Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29).

La configuración con Cristo es imposible sin una práctica activa de la humildad, que es el auténtico fundamento de la santidad y de la perfección cristianas.

El Padre Fundador consideraba que la humildad era la virtud primera, necesaria para llegar a ser un buen misionero apostólico.

Detectó en sí mismo mucha soberbia y vanagloria: “Al recordar mi vanidad me hace derramar muchas y amargas lágrimas”, escribió. Para él la práctica de la humildad no fue en beneficio propio, sino para la gloria de Dios: “Haré todo sola y únicamente por Jesús y María. Por tanto, nunca me alabaré a mí mismo, o hablaré de mí mismo o de lo que he hecho, o de mi país, padres, estudios, libros, lugares en los que he estado, etc.” (*Propósitos*, 1843, n. 10).



Aunque a nosotros, sacerdotes y religiosos, se nos mira a veces con no pequeño desprecio en estos tiempos modernos en los que la Iglesia se siente aquejada por muchos escándalos, todavía se nos tiene gran estima y respeto en muchas culturas. No es improbable que el honor y el prestigio otorgados a los sacerdotes y religiosos nos atrajeran, en parte al menos, a esta forma de vida. **Es tentador para nosotros el reclamar nuestros privilegios e imponer nuestra voluntad a la gente a la que servimos y a los hermanos con los que vivimos.** El peligro de la soberbia nos acecha a la vuelta de la esquina, puede abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento. Pero cuando Cristo nos llamó, lo hizo para que fuéramos y muriéramos por él mismo y por nuestros hermanos. Ahora bien, él no nos pide que “matemos” nuestro yo. Eso sería un suicidio violento, que iría contra el Evangelio de la Vida. Más bien, Jesús nos invita a prescindir de nuestro yo, a ofrecernos a Dios con una apertura virginal como lo hizo María, de forma que él pueda crecer en nosotros y hacernos canales apostólicos de su gracia para el mundo.

¿Qué nos ocurre cuando practicamos la humildad? Reconoce-

mos nuestra nada ante Dios, de modo que Dios pueda ser todo en nosotros. La palabra “humildad” viene de la palabra latina *humus* (tierra), de ahí *humilis*, que significa “bajo, humilde, de la tierra”. Al practicar la humildad, declaramos nuestra limitación y la trascendencia de Dios. Reconocemos nuestra propensión al pecado y nuestra necesidad de Dios. Cuanto más humildes somos, más conscientes de nuestro pecado llegamos a ser. Por eso, los hombres y mujeres santos lloraban continuamente por sus pecados.

Las únicas ocasiones en las que encontramos a Jesús enojándose con la gente son cuando los veía soberbios e hipócritas santurriones. La Escritura nos advierte: “El que oculta sus crímenes no prosperará; el que los confiesa y se arrepiente será perdonado” (*Prov 28,13*). Y nos invita: “No te avergüences de confesar tu culpa” (*Eclo 4,26*), porque solo Dios no tiene pecado. Nos relacionamos con los demás con compasión y nos abstenemos de juzgar duramente a los otros. Una vez tengamos auténtica humildad y seamos conscientes de nuestra inclinación al pecado, miraremos a los demás con amabilidad y evitaremos juzgarlos y condenarlos, porque todos hemos pecado y to-

dos sentimos la necesidad de la redención de Dios. Todos somos compañeros peregrinos, caminando hacia el abrazo del Padre.

Recibimos los dones y frutos del Espíritu Santo con gratitud, y buscamos multiplicarlos con la gracia de Dios. Mientras que, por una parte, reconocemos nuestra nada, por otra tendríamos falsa humildad si no reconociéramos nada bueno en nosotros.

La auténtica humildad reconoce lo que Dios puede hacer en nosotros. Entonces decimos sí sin reservas a los muchos dones y frutos con los que el Espíritu Santo tiene a bien colmarnos, pero los ponemos eficazmente al servicio de nuestra comunidad y del mundo en general. La humildad auténtica es apostólica en cuanto que busca compartir los dones del Evangelio, y caminar humildemente ante el Señor (cf. *Miq 6,8*).

Damos toda gloria, honor, alabanza y acción de gracias a Dios.: “Gracias a Dios soy lo que soy” (*1 Cor 15,10*). Habiendo hecho todo lo que Dios nos ha encomendado, decimos con humildad: “Somos simples sirvientes, solamente hemos cumplido nuestro deber” (*Lc 17,10*).



Ejercicio 3: Las siete pruebas de la humildad

Por favor, busca el **Anexo 2**, que presenta siete pruebas de humildad, propuestas por el P. José Horn. Cada prueba describe una situación ordinaria que reta a la humildad de la persona y revela si uno es soberbio o humilde.

Lee cada una de las siete preguntas. Póntelas delante, como un espejo, de modo que veas tu vida reflejada en ellas. Pregúntate: “¿Cómo respondo en esa situación? ¿Qué significa mi respuesta? ¿Tengo humildad o soberbia? Si es soberbia, ¿cómo puedo modificar mi respuesta en situaciones semejantes para crecer en humildad?”.

Después de completar el ejercicio, vuelve al **Ejercicio 1 y rellena la columna (D)**: Medios para crecer en esta virtud.



2.3. Mansedumbre: panal apostólico

“Esforcémonos por imitar la mansedumbre propuesta por el Señor, que es señal de vocación apostólica... (...) A fin de ganar a los más posibles para Cristo, debemos estar siempre animados por su mansedumbre en el ejercicio de nuestro ministerio”
(CC 42).

La mansedumbre ha tenido y tiene muy mala prensa. El mundo la considera como signo de debilidad, inferioridad y timidez. Sin embargo, en la lógica del Reino la mansedumbre tiene un alto

prestigio. Jesús, al incluirla como la tercera de las Bienaventuranzas, declaró: “Felices los mansos, porque ellos heredarán la tierra” (Mt 5,5). ¿Heredar la tierra? ¡Ése es un premio de mucha categoría, por cierto! Comentando esta tercera Bienaventuranza, Alexander McLaren escribe: “[La mansedumbre] es el conducto y disposición hacia Dios y hacia el hombre; lo cual sucede como consecuencia de la experiencia interior descrita en las dos primeras Bienaventuranzas, que se referían solo a nosotros mismos”. San Pablo enumera la amabilidad, que se sitúa en el centro de la mansedumbre, como un fruto

del Espíritu Santo (cf. Gal 5,22-23). En teología espiritual, se considera la mansedumbre como una de las siete virtudes capitales. Mansedumbre o paciencia es el antídoto del pecado de ira, cólera o rabia. Mientras el pecado de cólera consiste en una ira injustificada y desproporcionada y de venganza fuera de lugar, la virtud de la mansedumbre consiste en buscar pacientemente soluciones saludables, creativas y respetuosas a los conflictos de la vida, y en la capacidad de perdonar y mostrar misericordia.

La mansedumbre se confunde con frecuencia con la humildad. Aunque la mansedumbre y la hu-

mildad estén relacionadas, ésta última es la virtud que se opone directamente a la soberbia. La humildad tiene una orientación fundamental a la actitud de una persona hacia el propio yo, mientras que la mansedumbre se preocupa primariamente de la propia conducta en relación a los demás. San Bernardo comentaba que agradamos a Dios con la humildad y a nuestro prójimo con la mansedumbre. Un espíritu amable es el distintivo de la mansedumbre. La mansedumbre tiene una doble dimensión, una activa y otra pasiva. En su dinámica pa-

ser resistente como el acero, con una dureza que brota de una profunda autenticidad y convicción. Encontramos esto en Jesús, que “era manso y humilde de corazón” (Mt 11,29), pero se enojó cuando decidió purificar el templo (cf. Mc 11,15-17; Mt 21,12-13; Lc 19,45-46; Jn 2,13-22). Moisés era manso, pero fue severo como el acero en contra del mal, de la injusticia y del culto falso (cf. Ex 32,25-28). Gandhi, que luchó contra el *apartheid* y la colonización por medio de medios no-violentos, era uno de los hombres más mansos de su tiem-

apostólica importante, después de la humildad y la pobreza: “La humildad es como la raíz del árbol, y la mansedumbre es el fruto” (Aut 372). La comparaba a la miel, con la que uno puede atraer y cazar más pecadores que con el vinagre: “Soy del parecer que se ha de predicar y catequizar *sua-viter et fortiter*, y con esta miel cogeremos más moscas de pecadores e impíos que con toda la acidez y vinagre del mundo... Nunca he tenido que arrepentirme de la suavidad, principalmente si se les hace ver el amor que se les tiene” (Manuscritos



siva es capaz de cargar con ecuanimidad la conducta hostil e injusta de los otros; en su dinámica activa alcanza al otro con bondad y amabilidad, aun cuando el otro no lo merezca.

Sin embargo, esta mansedumbre no es que tenga que aceptar todo, venga lo que venga, sin protestar. Puede también

po, pero duro contra la injusticia y la desigualdad. Tal seguridad en sí mismo —que no agresividad— estaba profundamente impregnada de amabilidad, compasión y actitud de cariño, y se puso al servicio de construir una civilización de amor.

Claret consideraba la mansedumbre como la tercera virtud

Claretianos, X, 9). Claret confiesa que encontró muchos misioneros con mal carácter e inclinados a la arrogancia; por eso nos advierte contra el falso celo, que brota del mal temperamento y de la hostilidad.

En nuestra vida religiosa y en nuestro ministerio apostólico podemos encontrar situacio-



nes que ponen a prueba nuestra mansedumbre. Como ocurre con la virtud de la humildad, el poder y el prestigio depositado en nosotros pueden producir en nosotros falta de mansedumbre. La familiaridad con nuestros hermanos en nuestras comunidades y el hecho de ser conscientes de sus puntos flacos y debilidades pueden llegar a eliminar la mansedumbre en nuestra relación con ellos. De modo semejante, en nuestras tareas apostólicas, la mansedumbre y la paciencia pueden fallarnos, especialmente cuando el mundo que nos rodea las considera como señales de debilidad e inferioridad. Así pues, ¿cómo podemos progresar en mansedumbre? Claret nos ofrece siete medios para progresar en esta virtud. **¿Quieres considerar algunas de ellas para completar el Ejercicio 1, columna (D)?**

- Pedir esta virtud a Jesús y a María.
- Contemplar la mansedumbre de Jesús.
- Contemplar la mansedumbre de María y de los apóstoles.
- Meditar las exhortaciones de Jesús sobre la mansedumbre.
- Meditar sobre la propia propensión al pecado y sobre la abundante misericordia de Dios.
- Guardar silencio ante las calumnias, y rogar por el calumniador.
- Evitar el chismorreo sobre otros, especialmente sobre nuestros calumniadores.

Ejercicio 4: El espejo de la Sagrada Escritura

Considera los siguientes versículos de la Escritura que tratan de la mansedumbre y la amabilidad; tómalos como espejos frente a ti. ¿Te reconoces a ti mismo en ellos? Si hay más “síes” que “noes”, da gracias y alabanza a Dios. Si el “no” supera en número al “sí”, busca medios y formas para progresar en mansedumbre.

- “Más vale paciencia que valentía, más vale saberse dominar que conquistar una ciudad” (*Prov 16,32*).
- “Ésa es vuestra vocación, porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. ‘No había pecado él, ni hubo engaño en su boca’; cuando era insultado no respondía con insultos, padeciendo, no amenazaba, más bien se encomendaba a Dios, quien juzga con justicia” (*1 Pe 2,21-23*).
- “Hermanos, si alguien es sorprendido en alguna falta, vosotros, que estáis animados por el Espíritu, corregidlo con modestia” (*Gal, 6,1*).
- “Y un siervo del Señor no ha de pelear; antes bien, debe mostrarse a todos modesto, buen maestro, tolerante, capaz de amonestar con suavidad a los adversarios” (*1 Tim 2,24-25*).
- “Estad siempre dispuestos a defenderos si alguien os pide explicaciones de vuestra esperanza, pero hacedlo con modestia y respeto” (*1 Pe 3,15*).

2.4. Mortificación: glorificar a Dios en nuestro cuerpo

“Guarden con diligente cuidado sus sentidos, glorificando y llevando a Dios en su cuerpo” (CC 43).

Vivimos en un mundo pornográfico que ha reducido la persona humana a objeto y agente de placeres absolutos. Ha convertido el cuerpo en un fin en sí mismo, conduciéndolo a su exaltación en el trono más elevado. Pero la naturaleza se rebela en contra de tal glorificación dislocada y antinatural, a través del eclipse del cuerpo. Como advierte Robert Romanyshyn en *Tecnología como Síntoma y Sueño*, se abusa tanto del cuerpo estos días que él mismo se rebela deteriorándose y desapareciendo por anorexia nerviosa, por el SIDA y por otras enfermedades psicosomáticas. Tenemos que tener presente que los excesos abusivos en los que el mundo se regodea no afectan solo al cuerpo, sino también a la mente y a la inteligencia. Sin embargo, la materia prima para tales abusos entra en nuestra persona

por el sendero de los sentidos. Así pues, cuando nos referimos al “cuerpo”, la persona entera está implicada igualmente. En el folleto anterior de La Fragua reflexionamos sobre cómo ese abuso crea adicción, alterando la química cerebral y la estructura personal de cada individuo. ¡Y cómo destruye nuestra alma, haciéndola esclava del cuerpo!

¿Qué significa vivir la virtud apostólica de la mortificación –moderación, control, templanza y modestia en nuestro modo corporal de ser– en un mundo adicto a los excesos? La mortificación es un



testigo profético ante el mundo sobre el lugar que ocupa la persona humana en general, y el cuerpo en particular, en el orden de cosas querido por Dios. La mortificación corporal hace referencia a la práctica de la templanza y la modestia en las necesidades corporales, y la mortificación espiritual hace referencia a refrenar nuestros gustos, imaginación, pasiones y entendimiento. El cuerpo humano tiene un cierto honor y dignidad en el esquema y diseño de Dios. Es el templo del Espíritu Santo. San Pablo pregunta: “¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios y habita en vosotros?” (1 Cor 6,19).

El cuerpo humano goza de dignidad porque ha sido creado por Dios. El cuerpo humano goza de santidad porque el Hijo del Hombre tomó carne humana y habitó entre nosotros. El cuerpo humano será glorificado en nuestra resurrección. Así pues, ¿qué tenemos que hacer? San Pablo nos aconseja: “Habéis sido comprados a un gran precio, por tanto glorificad a Dios con vuestro cuerpo” (1 Cor 6,20).

Tomando las palabras de San Pablo como punto de partida, nuestras Constituciones nos invitan a practicar la mortificación de los sentidos con dos objetivos: glorificar a Dios en nuestro cuerpo, así como llevar en él a Dios. Por tanto, nuestro cuerpo habrá de ser un templo santo en el que alabamos y adoramos a Dios, y al mismo tiempo deberá ser como una custodia que muestra la presencia de Dios al mundo que nos rodea.

¿Qué implica esto? En su núcleo central, implica negación cristiana de uno mismo: “El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (Mt 16,24). Como se ha mencionado ya, esto no significa un violento rechazo de sí mismo, sino un amable dejar que desaparezca nuestro egocentrismo, de tal modo que la voluntad y deseo de Dios puedan morar en nosotros. Esta negación de sí mismo puede plasmarse en varias aplicaciones prácticas: frugalidad en comida y bebida –una práctica tan cercana al corazón de nuestro Padre Fundador (cf. Aut 404; 406)–; templanza y control de los deseos y fantasías sexuales, cuidado en la limpieza física del cuerpo, moderación en el uso de palabras y expresiones, indiferencia con respecto a nosotros mismos y buena disposición para asumir cualquier responsabilidad que se nos exija, sin aferrarnos a nuestros destinos y ministerios favoritos.

Tal mortificación y negación de sí mismo no anulan la capacidad de celebrar el don de la vida. Antes bien, nos dejan en libertad para gozar del don de la vida sin sufrir la compulsión vehemente de aferrarse a la vida misma o de hacer de ella un



ídolo. En su *Subida al Monte Carmelo*, san Juan de la Cruz nos ofrece un bello guión para lograr una santa mortificación:

*Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada;
para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada;
para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada;
para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada;*

*Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas;
para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes
para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees;
para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.*

Ejercicio 5: Crucifica tus excesos

¿Qué excesos físicos, psíquicos y sociales están impidiendo tu configuración con Cristo? Identifícalos y clávalos en la Cruz de Cristo. Puedes hacerlo de dos formas:

a) **Puedes escribir los nombres de los excesos** (p. ej., gula, pereza, adicción al alcohol o a la pornografía, etc.) o representarlos simbólicamente en cada uno de los globos que cuelgan de la cruz que puedes dibujar en tu cuaderno. Después de eso, ruega pidiendo sanación. Pide la gracia de glorificar a Cristo en tu persona.

b) **O puedes tomar algunos globos reales, etiquetarlos con tus excesos y atarlos a una cruz real.** Después de reflexionar sobre sus malos efectos y de pedir sanación, toma un alfiler y pincha los globos, mientras piensas simbólicamente que tus excesos han desaparecido.

2.5. Pasión y compasión: compartir los sufrimientos de Cristo y del pueblo

“Procuren alegrarse en toda adversidad, en el hambre, en la sed, en la desnudez, en los trabajos, en las calumnias, en las persecuciones y en toda tribulación... El mismo Señor, que se identificó plenamente con los que sufren, nos invita a reconocerle como paciente en ellos... a prestarles una ayuda eficaz, dando incluso nuestra vida por nuestros hermanos” (CC 44).

La virtud apostólica de la pasión y compasión implica capacidad y disponibilidad para una doble identificación: identificación con Cristo en nuestros sufrimientos personales, uniéndolos a su pasión y muerte, e identificación con la gente que sufre en el mundo.

Cuando Pedro pidió una retribución por haber dejado todo y haberle seguido, Jesús fue claro y rotundo diciéndoles a los apóstoles que recibirían cien veces más de todo aquello a lo que habían renunciado, pero junto con persecuciones (cf. *Mc* 10,28-30): “Os entregarán para torturaros y mataros; todos los pueblos os odiarán a causa de mi nombre” (*Mt* 24,9). En las Bienaventuranzas, Jesús bendijo a los que hubieran de afrontar tales sufrimientos y les prometió el Reino (cf. *Mt* 5,1-12). Así pues, persecuciones, tribulaciones y sufrimientos estarán presentes, en un grado u otro, en la vida diaria de un misionero apostólico.

¡Tal vez has tenido ya mucha experiencia de esto en tu vida misionera! No podemos librarnos de ello; solamente podemos elegir cómo responder a esa realidad de modo apostólico e imitando

a Cristo. San Pablo y nuestro Padre Fundador son nuestros mejores modelos. San Pablo se deleitaba en las oportunidades que tenía de sufrir por Cristo, y exclamaba: “Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme, si no es de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (*Gal* 6,14). Y de nuevo: “Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (*2 Cor* 12,10). El Padre Fundador, que tuvo que soportar mucho sufrimiento físico y mental, escribe así:

“Yo, en medio de estas alternativas, pasaba de todo: tenía ratos muy buenos, otros muy amargos en que me fastidiaba la misma vida. Y entonces mi único pensar y hablar era del cielo, y esto me consolaba y animaba mucho. Habitualmente no rehusaba las penas; al contrario, las amaba y deseaba morir por Jesucristo” (*Aut* 465).

Nosotros, claretianos, estamos invitados a moldearnos según Pablo, Claret y los Apóstoles, que bebieron el cáliz del sufrimiento; y, sobre todo, a configurarnos con Cristo, que de buen grado se sometió a la pasión por nosotros. Lee de nuevo la Definición del Misionero, reflexionando más profundamente sobre esta frase:

“Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir...” (*Aut* 494).

¿Qué te exige esto en el contexto específico de tu vida y de tu ministerio?

La segunda identificación implicada en esta virtud de la mortificación es nuestra buena dispo-

sición para solidarizarnos con los sufrimientos de los demás. Como la madre Iglesia nunca deja de recordarnos, “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (*Gaudium et Spes*, n.1). La opción preferencial por los pobres y por los que sufren no es precisamente una opción para nosotros, misioneros apostólicos; más bien, es un mandato evangélico. La solidaridad con los pobres no consiste en sentir una mera compasión romántica hacia ellos, sino en un compromiso existencial con sus necesidades. A los discípulos, que sentían compasión por el hambre de la multitud, Jesús les ordenó: “Dadles vosotros de comer” (*Mc 6,37*). El documento del XIX Capítulo General de la Congregación, *La Misión del Claretiano Hoy*, articula con fuerza este mandato para nosotros:

“Animados como Claret, por la fuerza de Jesús, y alentados por el ejemplo de tantos claretianos que han dado su vida o la están dando por la causa del Reino, aceptamos los riesgos de la denuncia y compromiso profético, que comporta nuestra mi-

sión evangelizadora. Queremos solidarizarnos y compartir las angustias, las privaciones y las esperanzas de los hombres a los que somos enviados. Y, a la vez que confesamos que Jesús está vivo entre los hombres, queremos trabajar por acabar por la incredulidad, el odio, la injusticia, la mentira, la opresión, el dolor, la soledad, el hambre, la ignorancia y tantas otras ausencias de amor, que son ausencia de Dios” (n. 172).

En esta tarea, el Buen Samaritano (cf. *Lc 10,25-37*) viene a ser nuestro mejor prototipo. Este samaritano estaba dispuesto a ser interpelado y molestado por la necesidad del otro. Se paró en el camino, cambió de dirección, cuidó al malherido y pidió la ayuda de otros en la posada, todo esto con riesgo de ser mal interpretado por otros como si él hubiera sido el agresor. No es fácil seguir este modelo, porque por naturaleza nos sentimos inclinados a protegernos y a no arriesgarnos. Esto exige una lucha activa con Dios mismo y una buena disposición para perder frente a él.

Tómate unos minutos para hacer el ejercicio 6 que se te propone a continuación, seguido de la compleción del ejercicio 1 sobre esta virtud.

Ejercicio 6: Lidiando con Dios

Damos a continuación parte de un diálogo entre el joven y famoso escritor griego Nikos Kazantzakis y un monje ortodoxo, anciano y santo, el P. Makarios. Está tomado de la semi-autobiografía espiritual del primero titulada “Carta al Greco”. Léelo y reflexiona sobre él, aplicando tu reflexión a tu postura ante la cruz y el sufrimiento. ¿Pelea con Dios, y con qué intención?

- ¿Todavía pelea usted con el demonio, P. Macario?, le pregunté.
- Ya no, hijo mío. Me he vuelto viejo ya, y él también se ha vuelto viejo igual que yo. No tiene ya fuerza... Ahora peleo con Dios.
- ¿Con Dios?, exclamé asombrado. ¿Y espera usted ganar?
- Espero perder, hijo mío. Todavía me quedan los huesos, y siguen resistiendo.
- Su vida es dura, Padre. Yo también quiero salvarme. ¿No hay otro camino?
- ¿Más agradable?, preguntó el asceta, sonriendo con compasión.
- Más humano, Padre.
- Sí, hay un camino, solo uno.
- ¿Cuál?
- Ascensión, escalada. Escalar en una serie de tramos. Desde el estómago lleno... al hambre; desde la garganta saciada... a la sed; desde la alegría... al sufrimiento. Porque Dios está sentado en la cumbre del hambre, de la sed y del sufrimiento; mientras que el demonio se sienta en la cumbre de la vida confortable. Escoge.

2.6. Conformidad con Cristo en la enfermedad y en la muerte: morir como Cristo y por Cristo

“Ya que Jesucristo padeció por nosotros, dejándonos su ejemplo, cuando estemos enfermos soportemos la enfermedad y los dolores con humildad y sumisión al divino beneplácito... predicando a todos con el testimonio de la vida” (CC 45).

El distinguido literato inglés Samuel Johnson comentó una vez: “Nada concentra tanto la mente de una persona como la perspectiva de su propia muerte”. ¡Ciertamente! ¡Qué diferente sería nuestra vida si comenzáramos el día meditando en que ese día concreto pudiera ser nuestro último día en la tierra! No hay nada que nos ayude más a ver nuestra vida en la perspectiva correcta como el pensamiento de la realidad de la muerte y de la vida del más allá. **Esta nueva virtud apostólica nos invita a configurarnos con Cristo mientras envejecemos, en nuestra enfermedad y en nuestra muerte, dejando que se vaya consumiendo ya nuestra vida física con serenidad y con gracia.**

Una vez, en mi casa, durante la oración larga de la noche –como una hora–, miré atentamente las manos de mi avejentada madre, y me sentí apenado por la forma en que su piel se iba aflojando y oscureciendo. Mi madre, habiendo leído mis pensamientos y sentido mi emoción como solo una madre puede hacerlo, con una profunda sonrisa llena de paz me susurró: “¡Esto es lo que ocurre cuando una se vuelve vieja!”. Me impresionó su aceptación, serena y rebosante de paz, de la realidad del envejecer y de la inevitabilidad de la muerte.

Pero, generalmente, nuestros corazones se rebelan ante la perspectiva de la enfermedad y la muerte. El mundo rechaza la realidad del sufrimiento y de la muerte, y dedica todo su esfuerzo a conservar su juventud o al menos su fachada. El antropólogo Ernest Becker declaró en *The Denial of Death* (La negación de la muerte), premio Pulitzer 1974, que los avances culturales humanos así como las neurosis culturales emergen de la negación frenética de la realidad de la muerte. En *Una experiencia llamada Espíritu*, John Shea presenta un diálogo (aquí parafraseado) entre el corazón humano y el amante divino. El corazón humano (imaginado como





personaje femenino) se queja de todo lo que es sufrimiento, enfermedad, limitaciones, tragedias y muerte: “¿Por qué todos estos sufrimientos?”,-pregunta. Y el amante divino (personaje masculino que representaría a Jesús) responde, compasivo: –“¿Por qué no? Así es la vida humana”. Pero entonces el amante promete tomar las manos de la otra y caminar con ella a través del valle de lágrimas y muerte. Ya que el amante mismo, Jesús, ha hecho ese camino y ha conocido nuestros terrores, puede conducirnos en la aventura hasta la promesa de la Resurrección.

Así pues, podemos bajar la guardia, acoger con serenidad la realidad del envejecer, de la enfermedad y de la muerte, imitar a Jesús en nuestros modos de sufrimiento y muerte y entregarle nuestra alma diciendo: “En tus manos encomiendo mi espíritu” (cf. Lc 23,46). Tal conformidad con Cristo en nuestra actitud hacia la enfermedad y hacia la muerte es apostólica y profética, e invita al mundo a sentarse y tomar nota. El sufrimiento y la muerte del papa Juan Pablo II fue un testimonio profético de este tipo ante todo el mundo.

Hay un tiempo en la vida para dedicarse a la “misión activa” invirtiendo todas nuestras energías en nuestros ministerios. **Pero después llega un tiempo de “misión pasiva” en el que tenemos que aceptar con elegancia espiritual el envejecimiento, el dolor, la pasión, y la muerte.**

Esta virtud de la compasión nos invita también, en nuestras comunidades, a examinar nuestra actitud hacia los hermanos gravemente enfermos y que ya no pueden contribuir a nuestra misión colectiva de modo medible. ¿Los consideramos como cargas pesadas? ¿Les guardamos un cierto rechazo porque reclaman nuestro tiempo y disponibilidad? ¿Percibimos sus enfermedades como castigo de Dios hacia ellos? O por el contrario, ¿los tratamos con respeto y aprecio por todo lo que han hecho en su vida misionera y siguen haciendo con su valiente testimonio ante el sufrimiento y la muerte? ¿Sacamos tiempo para visitarlos, cuidarlos, compartir nuestra fe con ellos y escucharlos en su valiosa sabiduría? ¿Tomamos su ejemplo como don lleno de gracia para nosotros, que nos ayude a reflexionar sobre nuestra propia muerte de modo que podamos vivir nuestra vida activa con mayor eficacia al servicio del Reino?

Ejercicio 7: Voluntad espiritual y testamento

“¡Necio, esta noche te reclamarán la vida” (Lc 12,20).

1. Suponte que fueras a morir esta misma noche. Naturalmente, quieres despedirte de personas significativas para ti aquí en la tierra. ¿Quiénes son? **Escríbeles una carta a todas ellas.**

En la carta:

- ¿Qué quieres compartir sobre tu vida?
- ¿Qué pensamientos últimos quieres ofrecerles desde tu experiencia de vida en la tierra?
- ¿Qué virtudes apostólicas les legarás como tu herencia espiritual?

2. Imagina que te presentas ante Jesucristo, a las puertas del paraíso. **Escribe una carta de presentación.**

- ¿Cómo te presentarías?
- ¿Cuáles serían tus puntos de identificación?
- ¿Qué virtudes específicas tuyas ayudarían a Jesús a reconocerte y a darte la bienvenida en su Casa?

3. Acaba el Ejercicio con una oración: “Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

3. Sugerencias para el encuentro comunitario

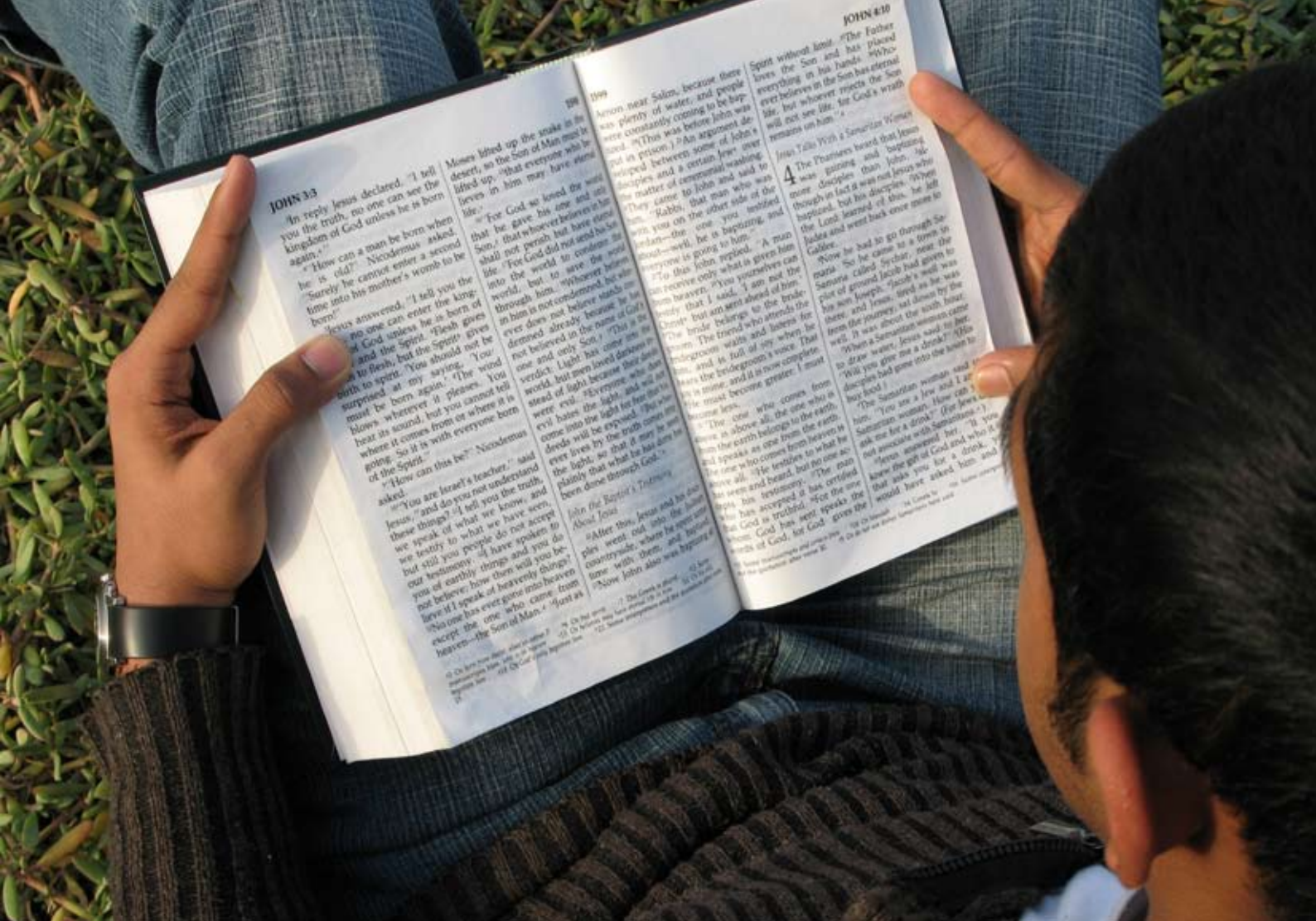
La comunidad debe reservar una noche (al menos tres horas), libre de cualquier otro compromiso y distracción. Como comunidad, **se aconseja ver la película *De dioses y hombres*** (dirigida por Xavier Beauvois). En el caso de que la película se haya trabajado ya en otra ocasión, puede ser sustituida por alguna otra que aborde algún tema relacionado con los contenidos de este cuaderno 6.

La película nos cuenta la historia verdadera del secuestro y asesinato de siete monjes trapenses franceses en el pueblo de Tibhirine, de mayoría musulmana, en Argelia en 1996. La película se centra en el terrible dilema de los monjes: poner en riesgo su vida o salvarla. Cada monje, a plena conciencia, cavila sobre la cuestión, sondeando las profundidades de su alma. Finalmente, todos y cada uno llegan a la misma decisión: arriesgarán la vida. La película es una bella meditación sobre la entrega de nuestra vida en favor de nuestros hermanos, aun cuando nuestra muerte parezca un esfuerzo sin provecho.

Después de ver la película, comparte tus pensamientos y sentimientos con los miembros de tu comunidad. Puedes valerte de uno o dos de los siguientes puntos para compartir.



1. **Comenta y comparte una o dos escenas de la película** que te han impresionado profundamente.
2. **Comparte tus esperanzas y temores sobre la enfermedad, el envejecer y la muerte.** ¿Te identificas especialmente con algún personaje de la película con respecto a tu actitud ante la muerte?
3. Si fueras llamado hoy a **dar testimonio de Cristo por medio del martirio**, ¿estás preparado? ¿Cómo responderías?
4. ¿Qué lecciones sacas de la película para tu **vocación de consagrado y para tu vida apostólica**?



4. Pistas para la lectio divina

En el documento **Nuestra Espiritualidad Misionera en el camino del Pueblo de Dios** leemos:

La madre Iglesia nos ofrece a todos los cristianos, y, por lo tanto también a nosotros, los misioneros, un excelente camino de espiritualidad: el ciclo del año litúrgico. Es un ciclo anual de espera y preparación (Adviento), génesis y nacimiento (Navidad), iniciación y purificación (Cuaresma), muerte y resurrección (Pascua) y vida ordinaria (tiempo ordinario). A través de él podemos revivir cíclicamente –de forma personal y comunitaria– todos los misterios de la existencia cristiana e integrar en nuestra vida, de forma pedagógica y progresiva, el alimento de la Palabra de Dios y el magisterio espiritual de la Iglesia.

El ciclo del Año Litúrgico es vivido por nosotros día a día, en diversos momentos, que llenan de sentido espiritual nuestra jornada: la celebración de la Eucaristía, el oficio de lecturas, la celebración de Laudes y Vísperas, el rezo de la hora intermedia y de Completas.

Nuestra integración en el misterio de la Liturgia eclesial es para nosotros el mejor camino de espiritualidad. Lo recorreremos junto a todo el Pueblo de Dios; unos como ministros ordenados (presbíteros y diáconos), otros como hermanos misioneros.

El proyecto *La Fragua en la vida cotidiana* es un modo concreto de insertarnos en el camino del Pueblo de Dios; sobre todo, a través de la *lectio divina* de los textos que se proclaman cada día en la Eucaristía. Las “pistas” que se ofrecen en cada cuaderno no son, como se ha insistido desde el principio del proyecto, comentarios exegéticos, teológicos o pastorales a los textos, sino solo un recordatorio. **Las páginas que siguen nos recuerdan que cada día tenemos una cita con el Señor** a través del encuentro cordial, sereno y gratuito con su Palabra.

Lunes 1 de julio de 2013

- Gen 18,16-33
- Sal 102
- Mt 8,18-22

Seguir a Jesús es un acto radical. Exige darle a él la máxima prioridad. Ninguna relación humana o ninguna obligación puede interponerse en el camino del seguimiento a Jesús. La recompensa es inmensa, ciertamente: Dios confiará en nosotros y nos encomendará sus planes, como hizo con Abrahán. ¿Me atrevo?

Martes 2 de julio de 2013

- Gen 19,15-29
- Sal 25
- Mt 8,23-27

Si Jesús nos lleva hacia la barca, ¿por qué nos inquietamos? Si Jesús nos invita a participar en su misión, ¿acaso podemos sentirnos perdidos? Si tenemos demasiado miedo a llevar a cabo su misión (como los apóstoles), o si seguimos mirando atrás con añoranza por los destinos dejados (como la mujer de Lot), somos solo como un pilar de sal que ha perdido su salinidad.

Miércoles de 3 julio de 2013. Fiesta de santo Tomás, apóstol y compatrono (Cal CMF, 205-209)

- Ef 2,19-22
- Sal 116
- Jn 20,24-29

Tenemos tendencia a asociar a Tomás con la falta de fe. ¡Espera, por favor! Detrás de su insistencia un poco infantil de ver a Jesús, ¿no encontramos, en lo profundo, una fe más honda? ¡Insiste en ver la verdadera identidad de Jesús en sus heridas! Ciertamente, la prueba de Cristo resucitado está en sus heridas de amor, que permanecieron aun después de su resurrección. Tú estás en proceso de configurarte con Jesús. ¿Estás, como misionero, lo bastante configurado con él como para mostrar al mundo tus heridas de amor como tus marcas auténticas de identidad?

Jueves 4 de julio de 2013

- Gen 22,1b-19
- Sal 114
- Mt 9,1-8

¿Tenía fe el parálítico? No sabemos. Pero se nos dice claramente que Jesús percibió la fe de los que lo portaban, y por eso curó al parálítico. De modo semejante, Isaac es bendecido gracias a la fe de Abrahán. A veces algunos hermanos nuestros están luchando por su fe, su vocación y su ministerio. ¿Los llevamos en oración ante Dios de modo que Él vea nuestra fe y gracias a ella les sane y les bendiga?

Viernes 5 de julio de 2013

- Gen 23,1-4,19; 24,1-8, 62-67
- Sal 105
- Mt 9,9-13

Se dice atinadamente que cada santo tiene un pasado y que cada pecador tiene un futuro. Jesús nos llamó, a pesar de no ser dignos, como lo hizo con Mateo. Pero es posible que podamos perder gradualmente ese recuerdo y volvernos orgullosos de nuestra llamada y críticos con los otros, incluso con nuestros hermanos claretianos. Si Jesús desea misericordia, ¿no se la daremos ofreciéndola a nuestros hermanos?

Sábado 6 de julio de 2013

- Gen 27,1-5, 15-29
- Sal 134
- Mt 9,14-17

La penitencia cristiana es única por el hecho de que se practica no por miedo sino con total alegría. Todas las virtudes apostólicas, sean humildad, mortificación, pasión y sufrimiento, se viven con un espíritu de alegría que celebra una relación amorosa con Cristo (cf. CC 40). María Goretti, cuya memoria celebramos hoy, y otros mártires, entregaron su vida no por miedo sino por un amor que todo lo transcendía. Pregúntate: ¿Siento alegría en la vivencia de mi vida consagrada?

Domingo 7 de julio de 2013. XIV Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 66,10-14c
- Sal 65
- Gal 6,14-18
- Lc 10,1-12, 17-20 (o Lc 10,1-9)

Jesús envió a sus discípulos de dos en dos. ¿Me comprometo con entusiasmo, en misión compartida con mis hermanos?
En cualquier hogar donde entraban bendecían a sus miembros y les deseaban la paz. ¿Soy conducto de las bendiciones y de la paz de Dios?
Curaban a los enfermos. ¿Llevo sanación a la vida de la gente?
Volvían llenos de alegría. ¿Cómo vuelvo de mis ministerios: lleno de alegría y de vida o con un sentimiento de frustración, sin ilusión? Que la gracia de Cristo Jesús, nuestro Señor, esté con nosotros.

Lunes 8 de julio de 2013

- Gen 28,10-22a
- Sal 90
- Mt 9,18-26

Hay momentos en que Jesús entra de sopetón en nuestra vida, nos toma de la mano y nos declara curados, sanos. ¡Levantémonos de un salto y demos gracias! Pero también, otras veces, Jesús pasa a nuestro lado, aparentemente como despreocupado e inconsciente de nuestra necesidad de sanación. ¿Tenemos entonces el valor de abrirnos paso entre la muchedumbre, alcanzarlo y agarrarlo de modo que su energía sanadora fluya hacia nosotros? Jesús no se va a sentir ofendido, ¡seguro!

Martes 9 de julio de 2013

- Gen 32,23-32
- Sal 16
- Mt 9,32-38

¿Lidias o te peleas con Dios? ¡Qué suerte tienes! Ve al Ejercicio 6 y lee el episodio mencionado allí. Es una bendición pelearse con Dios y... perder. Es mejor entrar en el Reino de Dios con una cadera rota que ser llevado a rastras a la condenación eterna con una vida no tocada o probada por Dios.

Miércoles 10 de julio de 2013

- Gen 41,55-57; 42, 5-7a, 17-24a
- Sal 33
- Mt 10,1-7

“No os dirijáis a países de paganos; no entréis en ciudades de samaritanos; id más bien a las ovejas descarriadas de la Casa de Israel”. ¿Por qué no? ¿Acaso no visitará Jesús mismo, más tarde, territorios paganos? ¿Acaso no tenemos que llevar la Buena Nueva a todas las naciones? Ciertamente, más tarde, Jesús les encargará ir a todos los pueblos. Pero de momento éste es su plan y, por tanto, le obedecemos. ¿Acaso no hay ocasiones en que el discernimiento de nuestros superiores religiosos parece sin sentido e incluso totalmente estúpido? Pero, ¿podemos confiar suficientemente en Dios para cumplirlo? La voluntad de Dios no tiene porqués.

Jueves 11 de julio de 2013. San Benito, abad, patrono de Europa. P. Felipe Maroto (Cal CMF, 211-215)

- Gen 44,18-21, 23b-29; 45,1-5
- Sal 104
- Mt 10,7-15

La dinámica de la relación entre José y sus hermanos puede indicar también los altibajos en nuestra comunidad. ¿Con cuánta frecuencia “vendemos” a nuestros hermanos por una venganza momentánea! ¿No podremos humillarnos ante nuestro hermano equivocado y volvernos a unir a él? Quizás nuestros hermanos en la fe nos han “vendido” más de una vez... ¿No podremos entonces seguir el ejemplo de la vida de José y perdonarles sin reservas y hasta mantenerles o ayudarles en sus necesidades?

Viernes 12 de julio de 2013

- Gen 46,1-7, 28-30
- Sal 36
- Mt 10,16-23

Jesús predice para sus misioneros mucho sufrimiento, traición e incluso muerte. También les anima a no angustiarse en tales momentos, pues el Espíritu de Dios los guiará. Claret, nuestro Fundador, nos aconsejó gozarnos en nuestros sufrimientos en orden a seguir a Cristo. ¿Qué actitud mantengo ante los muchos sufrimientos que encuentro en mi camino? ¿Confío en que el Espíritu me guiará en tales momentos, o más bien corro nervioso buscando soluciones meramente humanas?

Sábado 13 de julio de 2013

- Gen 49,29-32; 50,15-26a
- Sal 104
- Mt 10,24-33

“Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que le aman” (Rom 8,28). José parece ser la perfecta personificación de la verdad de esa afirmación de Pablo. En este preciso momento, tal vez sintamos que nuestra vida está sumida en plena oscuridad y que Dios nos ha abandonado. Pero no hay nada encubierto que no sea un día descubierto, y en el momento del descubrimiento nos sorprenderemos al ver cómo Dios nos ha ido guiando a través de nuestros momentos de oscuridad, fracaso y profundo pesar. ¿Lo crees?

Domingo 14 de julio de 2013. XV Domingo del Tiempo Ordinario

- Dt 30,10-14
- Sal 68
- Col 1,15-20
- Lc 10,25-37

Había un cierto riesgo en lo que hizo el buen samaritano. Dada la enemistad entre los judíos y los samaritanos, otro judío que pasara por allí habría errado al pensar que el samaritano era el agresor del judío malherido. Pero al samaritano no le importaron los posibles peligros. Vio a un hombre herido y su corazón se movió a compasión. No se dejó guiar por lo seguro. Siguió las directrices correctas de su corazón, ayudando por su cuenta y riesgo. ¿Puedo yo arriesgar mis seguridades en la vida y comprometerme a amar a Dios y al prójimo como lo hizo el buen samaritano?

Lunes 15 de julio de 2013. San Buenaventura, obispo y doctor

- Ex 1,8-14,22
- Sal 123
- Mt 10,34-11,1

“Quien ame a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí. Y quien ame a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí”. ¿Habría podido decir también Jesús: “Quien ame su ministerio más que a mí no es digno de mí; quien ame a su Congregación más que a mí no es digno de mí?”. Cualquier tipo de amor excesivo que ponga en peligro nuestro amor primero –amor a Dios– es idólatra y adúltero.

Martes 16 de julio de 2013. Virgen del Carmen. 164 aniversario de la fundación (Cal CMF, 217-224)

- Ex 2,1-15a
- Sal 68
- Mt 11,20-24

Hace 164 años Cristo nos llamó por inspiración de María, la Madre, a ser una comunidad de apóstoles. Nos formó en el corazón de María, obró muchos milagros en nosotros y nos bendijo con muchos dones y frutos del Espíritu Santo. ¿Hemos respondido de modo adecuado a la elección y a las bendiciones de Dios? El mismo Dios, ¿llorará, o bien se alegrará por nosotros hoy? Prometamos redoblar nuestra felicidad por su inversión en nosotros.

Miércoles 17 de julio de 2013

- Ex 3,1-6, 9-12
- Sal 103
- Mt 11,25-27

Moisés tenía una cierta curiosidad que le llevó a explorar qué había en la zarza ardiendo. Cuando nuestros coetáneos se ocupaban de los asuntos mundanos del mundo, una cierta curiosidad poco común nos llevó a explorar el fuego de Dios en lo profundo de nuestros corazones y nos hizo aterrizar en la vida consagrada. ¿Está todavía viva en nosotros aquella curiosidad? Si lo está, seguiremos encontrando a Dios en los lugares más extraños y nunca nos sentiremos solos en ninguna parte del mundo. Pidamos al Señor un nuevo impulso de crecimiento en la virtud de la “curiosidad apostólica”.

Jueves 18 de julio de 2013

- Ex 3,13-20
- Sal 104
- Mt 11,28-30

Jesús es el máximo modelo de humildad y mansedumbre. Claret puntuó muy alto en estas virtudes. Fijaremos los ojos en Jesús para aprender cómo ser humilde y manso. A veces, por ser humildes y mansos, podemos sufrir mucho ante las reacciones del mundo. No vamos a reaccionar gritando con agresividad, sino que nos apoyaremos en Cristo y descansaremos en él. Él puede rehacer nuestra actitud humilde, de modo que podamos seguir caminando con él por el sendero de la humildad y mansedumbre.

Viernes 19 de julio de 2013

- Ex 11,10-12,14
- Sal 115
- Mt 12,1-8

Quien conoce el corazón de la ley sabe cuándo quebrar la ley al servicio del corazón. Así Jesús permite a sus discípulos quebrar la ley del sábado, pues conocía el corazón de la ley y la intención del Legislador. ¿Tienes el valor de saltarte la ley, en situaciones puntuales, en orden a servir al mandamiento mayor, el del “Amor”?

Sábado 20 de julio de 2013

- Ex 12,37-42
- Sal 135
- Mt 12,14-21

“No gritará, no discutirá, no voceará por las calles. No quebrará la caña débil, no apagará la vela vacilante”. Isaías da testimonio de la mansedumbre y humildad del Hijo de Dios. Conociendo los complots asesinos de sus enemigos, Jesús se retira con calma a otro lugar, pero, con voluntad de acero, continúa su ministerio. ¿Cómo respondemos a los retos y amenazas de nuestro ministerio?

Domingo 21 de julio de 2013. XVI Domingo del Tiempo Ordinario

- Gen 18,1-10a
- Sal 14
- Col 1,24-28
- Lc 10,38-42

A veces, en nuestro ministerio quizás experimentemos un desequilibrio entre su doble dimensión, representada por Marta y María. ¿Nos zambullimos en la acción o descansamos a los pies del Señor? ¿Cómo podemos combinar, de la mejor manera posible, ambas dimensiones? Abrahán parece ser un caso de estudio. Se sienta a la entrada de su casa con una actitud relajada y meditativa, que le ayuda a reconocer a Dios en su visita. Desde la plenitud de la tranquilidad se zambulle en la acción, con un corazón dispuesto a servir al Señor.

Lunes 22 de julio de 2013. María Magdalena

- Cant 3,1-4b (o 2 Cor 5,14-17)
- Sal 62
- Jn 20, 1-2, 11-18

María de Magdala, que había sido amiga íntima y discípula de Jesús, no consiguió reconocerlo hasta que él la llamó por su nombre. En otras palabras, es precisamente cuando Jesús la llama por su nombre cuando ella lo reconoce. ¡Ejemplo maravilloso de un amor casto cuando el reconocimiento del otro tiene lugar al nivel del alma! ¿Cómo amo yo a otras personas: en mi comunidad y fuera de mi comunidad? ¿Brotó mi amor de una profunda comunión espiritual o se mantiene meramente al nivel de una mutua atracción externa y periférica?

Martes 23 de julio de 2013. Memoria de santa Brígida, patrona de Europa

- Ex 14,21-15,1
- Sal (Ex 15,8-9, 10.12, 17)
- Mt 12,46-50

¿Has sentido alguna vez una “santa envidia” hacia María y los Apóstoles, ya que tuvieron el privilegio de pertenecer a Jesús y de relacionarse tan íntimamente con él? Realmente no tenemos que sentirnos desprovistos de tal privilegio. “Mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió”, declaraba Jesús (Jn 4,34). Comiendo de ese mismo alimento, llegamos a ser partícipes de la identidad de Jesús, llegamos a ser sus hermanos y participamos en su herencia.

Miércoles 24 de julio de 2013

- Ex 16,1-5, 9-15
- Sal 77
- Mt 13,1-9

Como misioneros, ¿somos demasiado cuidadosos en sembrar semillas sola y exclusivamente en suelo fértil y totalmente preparado? ¿Nos sentimos satisfechos solo cuando la cosecha alcanza el ciento por uno? Si es así, ¡tendríamos que examinarnos! Dios, el sembrador de la parábola, está dispuesto a arriesgar arrojando sus semillas en cualquier terreno, incluso en la tierra menos productiva. Y se regocija con tal de que produzca algo, aunque sólo sea el treinta por ciento. No pongamos límites a las posibilidades del Reino.

Jueves 25 de julio de 2013. Santiago, apóstol y compatrono (Cal CMF, 225-230)

- 2 Cor 4,7-15
- Sal 125
- Mt 20,20,28

Parece como si Santiago, Juan y su madre consideraran que el seguimiento de Cristo fuera un trampolín para lograr algo más alto. El seguimiento de Cristo no es un medio, sino un fin en sí mismo. Por medio de la práctica de las virtudes apostólicas de pasión y compasión, beberemos el cáliz del sufrimiento que Cristo bebió y sigue bebiendo en la persona de los pobres y marginados. El ser discípulos de Cristo será su propia recompensa.

Viernes 26 julio de 2013. Memoria de san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen María

- Eclo 44, 1.10-15
- Sal 131
- Mt 13,16-17

Para oír, ver o sentir algo a través de nuestros sentidos tenemos que poseer una sintonía sensorial y una cierta destreza técnica. Uno que no tenga gusto por la música no puede distinguir entre variaciones sutiles en los elementos de la misma música, como ritmo, tempo, timbre, etc. Solo un médico adiestrado puede diagnosticar una enfermedad basándose en los síntomas presentados. De modo semejante, para discernir y reconocer realidades espirituales se necesitan una cierta sintonía espiritual y un cierto entrenamiento en las virtudes. Tenemos que chequear periódicamente si nuestra antena espiritual se encuentra en buen estado de funcionamiento.

Sábado 27 de julio de 2013

- Ex 24,3-8
- Sal 49
- Mt 13,24-30

¿Qué cuidadoso es Dios para no dañar una sola buena planta! Tiene paciencia con la mala hierba para no correr el riesgo de perder el buen trigo. Jesús lo reafirmó cuando dijo: “El Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños” (Mt 18,14). ¿Qué me sugiere esto con respecto a mi salvación? ¿Qué me exige esto con respecto al cuidado de las personas que Dios me ha confiado en mi ministerio?

Domingo 28 de julio de 2013. XVII Domingo del Tiempo Ordinario

- Gen 18,20-32
- Sal 137
- Col 2,12-14
- Lc 11,1-13

“Quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre”. Como misioneros y apóstoles que somos, ¿qué es lo que pedimos? Las necesidades de los demás, ¿vienen a ser el contenido de nuestra oración? En esto Abrahán es el mejor modelo: intercede por Sodoma y Gomorra. ¿Está viva y creciente mi oración de intercesión?

Lunes 29 de julio de 2013. Santa Marta. P. Cándido Casals y compañeros, mártires (Cal CMF, 243-248)

- Ex 32,15-24, 30-34
- Sal 105
- Mt 13,31-35

Moisés podría haber sido un hombre decepcionado, al ver la infidelidad del pueblo, cuyo bienestar espiritual estaba bajo su cuidado. A veces también nosotros podemos experimentar frustraciones parecidas en nuestro ministerio. ¿Nos rendimos, entonces? O, como Moisés, ¿seguimos escalando la montaña del Señor, suplicando a favor del pueblo? Quizás nuestra fidelidad parezca insignificante, como una pequeña semilla de mostaza o como una pizca de levadura, frente a las tremendas infidelidades del mundo. Pero, al final, el Reino triunfará.

Martes 30 de julio de 2013

- Ex 33,7-11; 34,5b-9, 28
- Sal 102
- Mt 13,36-43

Debemos dejar el juicio a Dios; su ejecución a los ángeles. Nuestra tarea consiste en seguir trabajando por el Reino, haciendo todo lo posible para cuidar la buena semilla y convertir también las malas hierbas en excelente trigo ya que nada es imposible con la gracia de Dios. Como Moisés oramos a favor del pueblo: “Si gozo de tu favor, ¡venga mi Señor con nosotros!”.

Miércoles 31 de julio de 2013. San Ignacio de Loyola, sacerdote y compatroño (Cal CMF, 249-253)

- Ex 34,29-35
- Sal 98
- Mt 13,44-46

¿Quién puede encontrar el Reino? ¿Cualquiera puede! A veces encontramos el Reino por pura gracia, como la persona que encuentra por casualidad un tesoro escondido en el campo. Otras veces lo encontramos como resultado de una búsqueda activa, igual que el comerciante que estaba buscando la perla más fina. Pero lo que importa es lo que hagamos una vez lo hayamos encontrado. ¿Estamos dispuestos a arriesgar todo lo que tenemos a fin de poseer el Reino? ¿Nos animamos?

5. Textos para profundizar

Anexo 1: Sobre la caridad apostólica (Aut 438-441)

438. La virtud más necesaria es el amor. Sí, lo digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero, si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo.

439. Hace el amor en el que predica la divina palabra como el fuego en un fusil. Si un hombre tirara una bala con los dedos, bien poca mella haría; pero, si esta misma bala la tira rempujada con el fuego de la pólvora, mata. Así es la divina palabra. Si se dice naturalmente, bien poco hace, pero, si se dice por un Sacerdote lleno de fuego de caridad, de amor de Dios y del prójimo, herirá vicios, matará pecados, convertirá a los pecadores, obrará prodigios. Lo vemos esto en San

Pedro, que sale del Cenáculo ardiendo en fuego de amor, que había recibido del Espíritu Santo, y el resultado fue que en dos sermones convierte a ocho mil personas, tres en el primero y cinco en el segundo.

440. El mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad. El Venerable Ávila fue un día preguntado por un joven Sacerdote qué es lo que debía hacer para salir buen predicador, y le contestó muy oportunamente: amar mucho. Y la experiencia enseña y la historia eclesiástica refiere que los mejores y mayores predicadores han sido siempre los más fervorosos amantes.

441. A la verdad, hace el fuego de la caridad en un ministro del Señor lo que el fuego material en la locomotora del ferrocarril, y la maquina en un buque de vapor, que todo lo arrastra con la mayor facilidad. ¿De qué serviría todo aquel aparato si no hubiese fuego ni vapor? De nada serviría. ¿De que serviría a un Sacerdote que ha hecho toda su carrera de hallarse graduado en sagrada Teología y en ambos Derechos, si no [tiene]

el fuego de la caridad? De nada. No servirá para los otros, porque sería un aparato del ferrocarril sin fuego; quizá, en lugar de ayudar como debería, estorbara. Ni tampoco a él le sirve; como dice San Pablo, cuando yo hablara todas las lenguas y el lenguaje de los ángeles mismos, si no tuviera caridad, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiene.

Anexo 2: Las siete pruebas de la humildad (Joseph K. Horn)

Hay siete situaciones comunes que prueban la humildad de una persona y que revelan claramente si somos soberbios o humildes. Mientras lees cada una de estas siete pruebas, abre de par en par tu corazón, y, si es necesario, determina qué es lo que necesita actuación por tu parte.

Prueba 1

¿Qué haces cuando alguien te ofende o es injusto contigo? ¿Te enojas fácilmente? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que somos pequeños dioses que nunca debiéramos ser molestados. Cuando alguien nos ofende, hierre nuestra soberbia, y, en vez de sentirnos humillados por la experiencia, nos enojamos, como pequeños dioses Zeus arrojando pequeños relámpagos y rayos para calmar las rabietas.

¿O, por el contrario, lo tomamos con calma, permaneciendo serenos, tranquilos y recogidos, sobreviviendo y permaneciendo con fuerza suficiente para encajar unos cuantos golpes? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que todos somos pecadores y que no somos mejores que nadie.

Prueba 2

¿Cuándo fue la última vez que decidiste conscientemente olvidar a alguien por algo desagradable que te hizo? ¿Hace mucho tiempo? ¿Perdonas a otros solo en raras ocasiones? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que la gente no tiene excusa por herirnos, que lo hicieron a propósito, que están a la altura de los sedimentos de aguas residuales y que merecen nuestra ira y desdén.

O bien, por el contrario, ¿recuerdas haber sido ofendido recientemente y enseguida haber otorgado el perdón a los que te ofendieron? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que probablemente ellos no sabían lo que hacían, que tienen también su lucha cotidiana justo como nosotros, y que, mientras errar es humano, perdonar es divino.

Prueba 3

¿Qué haces al darte cuenta de que has pecado? ¿Te escudas diciéndote que nunca ocurrió? ¿Mantienes que realmente no es tu culpa? ¿Aduces, en tu descargo, circunstancias atenuantes? ¿Echas la culpa a otros? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que somos excelentes, maravillosos, formidables y perfectos, como para no caer realmente en pecado, de modo que aquí debe haber otra explicación. Ya que no creemos que realmente podamos pecar, no nos sentimos culpables. Ya que no nos sentimos culpables, no pedimos perdón. Ya que no pedimos perdón, no nos perdonan y nosotros seguimos hundiéndonos, cada vez más

hondo, en arenas movedizas, todo mientras decimos: “¿Arenas movedizas? ¿Qué arenas movedizas? No veo ninguna arena movediza aquí?”.

O, por el contrario, ¿le decimos a Dios: “He pecado, Señor; perdóname, por favor”? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que debemos afrontar los hechos, admitir nuestro pecado y pedir perdón. No ofrecemos excusa alguna. Ante la situación, no echamos la culpa a otros. Sabemos que somos pecadores, pero confiamos con humildad que nuestros pecados se laven en la sangre del Cordero.

Prueba 4

En tu oración, ¿con qué frecuencia pides favores a Dios? ¿Rara vez? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que las personas más grandes son las que han logrado hacerse millonarias, y, ya que nosotros también somos grandes, de alguna manera debemos esforzarnos por ser autosuficientes e independientes, sin necesitar a nadie, sin tener que pedir nunca favores a nadie, incluyendo a Dios.

O bien, por el contrario, ¿te encuentras alguna que otra vez pidiendo ayuda a Dios? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que todo lo que tenemos viene de Dios, que incluso nuestro cuerpo y nuestros talentos son un préstamo de Dios, que necesitamos salvación y que Jesús es nuestro Salvador.

Prueba 5

¿Te molestan fácilmente los otros? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que somos nosotros quienes definimos lo que es “normal”. De modo que cualquiera que obre de modo diferente al de nuestro querido “yo” se comporta de manera anormal, probablemente a propósito, solo para molestarnos.

O, por el contrario, ¿gozamos de la presencia de otros y nos relacionamos fácilmente con ellos? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que todos somos diferentes, que cada persona tiene su papel único en el plan de Dios y que recibe diferentes gustos, deseos, aptitudes y oportunidades. El hombre humilde ve la voluntad de Dios en esta diversidad y se alegra por ello.

Prueba 6

¿Te resulta difícil someter tu voluntad a otra persona? ¿Ves solamente los programas y películas de la TV que quieres ver? ¿Solamente comes lo que quieres comer? ¿Te quejas cuando tus superiores, los miembros de tu comunidad o tus amigos te piden hacer algo por encima y más allá del deber? ¿Rehúas hacer ciertas cosas porque se sitúan por debajo de tu honorable dignidad? ¿O las haces, pero refunfuñas a to-

dos por ello, como si fueras explotado o martirizado? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que tenemos el derecho de hacer lo que nos venga en gana y de evitar lo que no queramos hacer. Fue la soberbia la que hizo decir a Lucifer: “¡No serviré!”.

O, por el contrario, ¿aceptas con agrado la voluntad de Dios para ti, tal como la expresan quienes tienen legítima autoridad sobre ti o derecho sobre tu tiempo? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que Dios nos tiene a su cargo. El humilde sabe lo que Dios está haciendo, y por tanto puede confiar plenamente en él. Cada tarea que se nos asigna es un trabajo que alguien debe realizar. El alma humilde dice: “¡Aquí me tienes, Señor, envíame!”. Entonces trabaja con paciencia y alegría. Fue la humildad la que impulsó a decir a María: “Que se haga en mí según tu palabra”.

Prueba 7

Cuando experimentas éxito y buena suerte, ¿te pavoneas por ello? Eso es soberbia. La soberbia nos miente, diciéndonos que el éxito lo conseguimos siempre gracias a nuestro propio duro trabajo, a nuestra inteligencia superior, a nuestra brillante imaginación, a nuestro fino sentido de la oportunidad y al hecho, simple y obvio, de que estamos destinados a

tener éxito. También nos dice la soberbia que la buena suerte no es un regalo; no, es realmente un fenómeno de karma o energía espiritual; es el universo, que paga su deuda de gratitud en aprecio a nuestra magnificencia; es evidente que Dios mismo es miembro de nuestro club de admiradores. Así pues, nos justificamos al alardear.

O bien, por el contrario, ¿tomamos el éxito con calma, permaneciendo serenos, tranquilos y compuestos, tanto en la buena suerte como en la mala? Eso es humildad. La humildad nos recuerda que, cuando llueve o hace sol, los justos y los pecadores se benefician igualmente. El éxito es siempre producto de muchos factores –de algunos de los cuales no tenemos control– y la buena suerte es una pura gracia de Dios, inmerecida y no reembolsable. Damos gracias a Dios de rodillas por tales dones, pero no fanfarroneamos por ellos.

Anexo 3: La santa modestia del rabino (Tony de Mello)



Un rabino anciano estaba enfermo, acostado en la cama, y sus discípulos estaban conversando muy bajito al lado de la cama. Estaban ensalzando las incomparables virtudes del anciano.

- “Desde el tiempo de Salomón no ha habido ni uno tan sabio como él”, decía uno de ellos.

- “¡Y su fe! Iguala a la de nuestro padre Abrahán!”, decía otro.

- “¡Seguramente su paciencia iguala a la de Job!”, dijo un tercero.

- “¡Solamente en Moisés podemos encontrar a alguien que conversara tan íntimamente con Dios!”, dijo un cuarto.

El rabino parecía inquieto y nervioso. Cuando salieron sus discípulos, su esposa le preguntó:

- “¿Les oíste cantar tus alabanzas?”.

- “Sí, les oí!”, dijo el rabino.

- “Entonces, ¿por qué estás tan nervioso?”, dijo su esposa.

- “Mi modestia”, protestó el rabino. “¡Ninguno mencionó mi modestia!”.

Fue realmente un santo quien dijo: “¡Soy solo una habitación con cuatro tabiques desnudos, pero vacía; con nada dentro!”.

Nadie podría estar más lleno.

Anexo 4: Paciencia (Rabindranath Tagore)

Si tú no hablas, llenaré mi corazón con tu silencio y lo aguantaré.

Permaneceré tranquilo y esperaré como la noche en vigilia llena de estrellas y su cabeza baja, inclinada, con paciencia.

El amanecer llegará con seguridad, la oscuridad se disipará,

y tu voz lloverá a cántaros en arroyos de oro atravesando el cielo.

Entonces tus palabras alzarán el vuelo en los gorjeos de cada uno de mis pájaros en sus nidos, y tus melodías romperán en las flores en todas las arboledas de mi bosque.



Anexo 5: Sobre el dolor salvífico (Juan Pablo II, “Salvifici Doloris”, nn. 21-22)

21. La cruz de Cristo arroja del modo más penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque mediante la fe lo alcanza junto con la resurrección: el misterio de la pasión está incluido en el misterio pascual. Los testigos de la pasión de Cristo son a la vez testigos de su resurrección. Escribe San Pablo: «Para conocerle a Él y el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándome a Él en su muerte por si logro alcanzar la resurrección de los muertos».

Verdaderamente el Apóstol experimentó antes «la fuerza de la resurrección» de Cristo en el camino de Damasco, y sólo después, en esta luz pascual, llegó a la «participación en sus padecimientos», de la que habla, por ejemplo, en la carta a los Gálatas. La vía de Pablo es claramente pascual: la participación en la cruz de Cristo se realiza a través de la experiencia del Resucitado, y por tanto mediante una especial participación en la resurrección. Por esto, incluso en la expresión del Apóstol sobre el tema del sufrimiento aparece a menudo el motivo de la gloria, a la que da inicio la cruz de Cristo.

Los testigos de la cruz y de la resurrección estaban convencidos de que «por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios». Y Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses, dice: «Nos gloriamos nosotros mismos de vosotros... por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis. Todo esto es prueba del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padecéis». Así pues, la participación en los sufrimientos de Cristo es, al mismo tiempo, sufrimiento por el reino de Dios. A los ojos del Dios justo, ante su juicio, cuantos participan en los sufrimientos de Cristo se hacen dignos de este reino. Mediante sus sufrimientos, éstos devuelven en un cierto sentido el infinito precio de la pasión y de la muerte de Cristo, que fue el precio de nuestra redención: con este precio el reino de Dios ha sido nuevamente consolidado en la historia del hombre, llegando a ser la perspectiva definitiva de su existencia terrena. Cristo

nos ha introducido en este reino mediante su sufrimiento. Y también mediante el sufrimiento maduran para el mismo reino los hombres, envueltos en el misterio de la redención de Cristo.

22. A la perspectiva del Reino de Dios está unida la esperanza de aquella gloria, cuyo comienzo está en la cruz de Cristo. La resurrección ha revelado esta gloria —la gloria escatológica— que en la cruz de Cristo estaba completamente ofuscada por la inmensidad del sufrimiento. Quienes participan en los sufrimientos de Cristo están también llamados, mediante sus propios sufrimientos, a tomar parte en la gloria. Pablo expresa esto en diversos puntos. Escribe a los Romanos: «Somos ... coherederos de Cristo, supuesto que padecemos con Él para ser con Él glorificados. Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros». En la segunda carta a los Corintios leemos: «Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable, y no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles». El apóstol Pedro expresará esta verdad en las siguientes palabras de su primera carta: «Antes habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo».

Anexo 6: Pensamientos sobre la muerte (Tomás de Kempis, “La Imitación de Cristo”)

Muy pronto tu vida aquí acabará; considera, pues, qué te deparará el futuro en el más allá.

Hoy día vivimos; mañana morimos, y se olvidarán de nosotros. Oh, la torpeza y dureza de un corazón que mira sólo al presente en vez de prepararse para el futuro.

Por lo tanto, en cada acción y en cada pensamiento obra como si ese día mismo hubieras de morir.

Si hubiera tranquilidad en tu conciencia no tendrías mucho temor a la muerte. Mejor es evitar el pecado que temer a la muerte.

Si hoy no te encuentras preparado ¿de qué modo lo estarás mañana? Mañana es un día incierto ¿cómo sabes que tendrás un mañana?

¿De qué nos aprovecha vivir una vida larga si la corregimos tan poco? Ciertamente, una larga vida no siempre nos beneficia, sino al contrario, con frecuencia aumenta el fardo de nuestra culpa.

¡Ojalá nos hubiéramos comportado bien en este mundo durante un solo día! Muchos cuentan los años que han pasado en la religión, pero se dan cuenta que su vida ha crecido poco en santidad.

Aunque nos aterrorice tanto morir, es sin embargo posible que tener vida más larga será más peligroso.

Feliz quien tiene siempre ante sus ojos la hora de su muerte y diariamente se prepara para bien morir.

Si alguna vez has visto a un hombre morir, recuerda que tú también tendrás que partir del mismo modo.

Por la mañana piensa que a lo mejor no vivirás hasta la noche; y, cuando llegue la noche, no te atrevas a prometerte el amanecer siguiente.

Por eso mismo, mantente siempre dispuesto, y vive de tal manera que nunca te sorprenda la muerte sin preparación. Muchos mueren súbitamente y de forma imprevista, porque “a la hora que menos esperes vendrá el Hijo del hombre” (Lc 12,40).

Cuando llegue este último momento, comenzarás a apreciar de forma muy distinta toda tu vida pasada y sentirás gran dolor por haber sido tan negligente y descuidado.

¡Qué feliz y juicioso es quien se esfuerza ahora en vida por ser en el momento de la muerte tal como él quería encontrarse!

Perfecto desprecio del mundo, deseo entusiasta de progresar en la virtud, amor por la disciplina, disponibilidad para obedecer, negación de sí mismo y aguante para aceptar todas las privaciones por amor a Cristo, todas estas actitudes fomentarán en el hombre grandes expectativas de una muerte feliz...

Manténte como extraño aquí en la tierra, como peregrino a quien los afanes de este mundo de ninguna manera le preocupan.

Dirige a Dios diariamente tus oraciones, tus suspiros y lágrimas, para que, después de la muerte, tu alma merezca pasar con felicidad al Señor.



Memoria

Memores igitur, Domine, eiusdem Filii tui salutiferae passionis necnon mirabilis resurrectionis et ascensionis in caelum (Plegaria eucarística III).

Los cristianos celebramos la Eucaristía desde los orígenes, y de forma que, en su sustancia, no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de liturgias, porque sabemos que estamos sujetos al mandato del Señor: «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11,24-25).

La Eucaristía es, en sentido específico, «memorial» de la muerte y resurrección del Señor.

Celebrando la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de Cristo, de lo que ha hecho y dicho, de su encarnación, muerte, resurrección, ascensión al cielo. En Él hace memoria de la entera historia de la salvación, prefigurada en la antigua alianza. Hace memoria de aquello que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha hecho y hace por la humanidad entera, de la creación a la «recreación» en Cristo, en la espera de su retorno al fin de los tiempos para recapitular en sí todas las cosas. El «memorial» eucarístico, pasando de la celebración a nuestras actitudes vitales, nos lleva a hacer memoria agradecida de todos los dones recibidos de Dios en Cristo. De él brota una vida distinguida por la «gratitud», por el sentido de «gratuidad» y al mismo tiempo por el sentido de «responsabilidad».

En efecto, recordar lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, nutre el camino espiritual. La oración del Padre nuestro nos recuerda que somos hijos del Padre que está en el cielo, hermanos de Jesús, marcados por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones. Recordar los dones de la naturaleza (la vida, la salud, la familia...) mantiene viva la gratitud y el esfuerzo por valorarlos. Recordar los dones de la gracia (bautismo y demás sacramentos; las virtudes cristianas...) mantiene vivo, junto con la gratitud, el empeño por no frustrar estos "talentos", sino más bien, hacerlos fructificar.

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Jesucristo era la misma mansedumbre, que por esta virtud se le llama Cordero: será tan manso, decían los profetas, que la caña cascada no acabará de romper, ni la mecha apagada acabará de extinguir; será perseguido, calumniado y saciado de oprobios, y como si no tuviera lengua, nada dirá. ¡Qué paciencia! ¡Qué mansedumbre! Sí, **trabajando, sufriendo, callando y muriendo en la Cruz**, nos redimió y enseñó cómo nosotros lo hemos de hacer para salvar las almas que él mismo nos ha encargado” (Aut 374)